

RECUERDOS DE LA CONCEPCIÓN

En el aniversario del glorioso combate



Todo Chile había celebrado las victorias de la guerra. En enero de 1881, después de dos años de lucha se había ocupado la orgullosa capital de los peruanos: la antigua sede del virreinato había caído ante la fuerza imparable de los otrora súbditos de una lejana y pobre capitania general.

Dos meses después, y por disposición del gobierno, regresaban a Chile la mayoría de los regimientos y batallones que, precedidos por sus viejos estandartes, desfilaban en Valparaíso y en Santiago a través de arcos triunfales y mandados por Manuel Baquedano, su invicto general. Un pueblo enfervorizado los vitoreaba.

Quedaban en Perú unas pocas unidades con la misión de ocuparlo hasta que se consiguiera la firma de la paz. Nadie habría imaginado que habiéndose derrotado completamente al ejército enemigo, emergería un nuevo ejército de patriotas peruanos que guiados por el

general Andrés Cáceres se resistían a aceptar la ocupación del país. Esa fue la campaña de la Sierra, la de “los batallones olvidados”, la de “la Breña” como se le llama en el Perú.

En julio de 1882, una división chilena al mando del coronel Estanislao del Canto, cubría guarniciones en varios poblados que en una hilera bordean la orilla del río Mantaro, el que da origen al rico valle del mismo nombre. Gran parte de las unidades chilenas retenían los nombres de aquellos batallones que habían peleado en las campañas entre el 79 y el 81; pero lo cierto es que ahora la mayoría de ellas estaban conformadas por soldados recién reclutados, mandados por oficiales y suboficiales que eran veteranos de guerra y que a veces habían visto a la muerte de cerca. Sus condecoraciones más valiosas eran las cicatrices y a veces dedos amputados o una media oreja que faltaba.

Sus acciones de armas ya no eran batallas épicas como las de Tacna y Chorrillos. No, ahora peleaban contra un ejército a menudo invisible que los hostigaba constantemente, a lo que se sumaba el “mal de altura” y las epidemias de tifus. Esta última enfermedad había diezmado a la división Del Canto y el coronel había sido autorizado para volver a Lima con su fuerza, para lo cual a partir del 8 de julio iniciaba el repliegue, recogiendo a las compañías que aisladas guarnecían los poblados.

Una de esas compañías era la cuarta del Chacabuco que estaba mandada por el teniente Ignacio Carrera Pinto y compuesta por 76 hombres del Chacabuco, uno del Lautaro, más tres cantineras que, acarreando con un par de chiquillos, habían seguido a sus hombres a la guerra. Tres oficiales tenían Carrera Pinto, que eran poco más que unos niños: Arturo Pérez Canto (19 años) Julio Montt Salamanca (20) y Luis Cruz Martínez (16). Sólo el primero era de dotación de la cuarta compañía; los otros dos pertenecían a la quinta y a la sexta respectivamente y habían sido temporalmente asignados a la unidad de Carrera; sus oficiales originales se encontraban con permiso y salvados por el destino.

En las alturas que flanquean al pueblo de La Concepción, pasado el mediodía del 9 de julio, repentinamente, se divisó una gran fuerza adversaria que acechaba. Es fácil imaginar con la premura que Carrera dispuso para la defensa. En eso estaría cuando se acercó un oficial

peruano que era el portador de una breve nota del jefe peruano, el coronel Juan Gastó, quien le intimaba rendición.

Emocionante resulta la respuesta del teniente chileno: ***En la capital de Chile, y en uno de sus paseos públicos existe inmortalizada en bronce la estatua del prócer de nuestra independencia, general don José Miguel Carrera, cuya misma sangre corre por mis venas, por cuya razón comprenderá Ud. que ni como chileno ni como descendiente de aquel, deben intimidarme ni el número de sus tropas ni las amenazas de rigor***

Años después de la guerra, el comandante Julio García Videla, viejo soldado del Granaderos que hizo las campañas del Perú, debido a la feliz circunstancia de estar unido a una dama limeña, tuvo la suerte de recibir de mano de un antiguo jefe peruano la referida nota de Gastó, a cuyo reverso se hallaba la contestación de Carrera Pinto.

El epilogo del combate todos lo conocemos. Uno a uno fue entregando sus vidas los soldados de esa compañía del Chacabuco. Cuando llegó la columna del coronel Del Canto, con un día de retraso respecto de lo planificado, encontraron en La Concepción una escena dantesca: restos de los incendios provocados por los atacantes y por cadáveres de los chilenos esparcidos y atrozmente mutilados.

En agosto de 1911, el Dr. Rómulo 2° Larrañaga, cirujano 1° de Ejército (R) escribe una carta al veterano de guerra e historiador Nicanor Molinares (padre del afamado compositor), en la que relata lo que él vio después de combate:

....a las 3 de la tarde, según mis recuerdos, a una legua escasa de la Concepción, sentí dos disparos y se me dijo que el comandante Pinto Agüero había fusilado a dos indios armados; los primeros avisos de la gran masacre.

Entramos en el pueblo: ahí no hay un perro, ni un gato, ni un cucaracho, ahí no existe vida, ahí sólo está la muerte en sus dos manifestaciones de la grandeza y la bajeza humana!

¿Como cree Ud. mi querido amigo, que, ante aquella barbarie, ante aquel festín de inmundos chacales la perversidad humana hubiese soñado en misericordia?

¡Si ahí se hubiera encontrado siquiera una anciana agonizante, con una sierra de palo la hubiera degollado nuestro capellán, si lo hubo!

Lo vi aquello....

Marcial Silva Agüero era entonces el comandante del Batallón Chacabuco y el Dr. Larrañaga en esa carta, además, atribuye al Dr. Ibarra la extracción de los corazones de los cuatro oficiales mártires. Esos son los corazones que hoy se custodian en la catedral de Santiago.

Y ya que mencionamos al comandante del Chacabuco, parece de justicia recordar, al fundador de esa unidad: el teniente coronel Domingo Toro Herrera. Con el nombre de Chacabuco habían existido dos unidades en el Ejército, sin embargo, la denominación se había extinguido en 1851, hasta que, al estallar la Guerra del Pacífico, don Domingo organiza en 1879 el Batallón Cívico Chacabuco y, además, contribuye de manera importante a costear uniformes y equipos.

Ya retirado, el coronel Toro Herrera, fue un tenaz defensor de los veteranos de guerra y dirigió varias organizaciones destinadas a que tuvieran una vejez digna y pensiones que hicieran justicia a los sacrificios que ellos habían hecho por Chile. Aunque “sus niños” del Chacabuco habían sido desmovilizados en 1882, a los héroes de la Concepción los sintió como propios y fue el gran impulsor para que se levantara un monumento en memoria de ellos. Esa es la magnífica escultura de Rebeca Matte situada en la Alameda. Está faltando en Chile otra estatua: la de Domingo Toro Herrera, gran patriota, ilustre soldado y generoso filántropo.

Gral. Marcos López Ardiles